

Escribo este texto como salida al dolor y sufrimiento que me provoca el pensamiento.

Escribo este texto como entrada hacia mi historia que quizás sea la de muchos y muchas.

Escribo este texto como respuesta a la constante sensación de que nunca es todo, de que siempre hay algo que queda en los bordes de la escritura. Que es imposible compartir el sufrimiento y la muerte, pero en este intento fallido podemos encontrar ciertas aproximaciones que nos ayuden a sentir-nos parte de algo más: el mundo, los otros.

Escribo desbordada, agotada y destruida.

Escribo para mí un texto enfermo y deforme, para dejarlo como un feto sobre la mesa de mis pensamientos.

Escribo un texto autónomo que de alguna manera es infinito.

Un texto que no implica su lectura como se hace desde siempre.

Un texto al que quizás deba uno acudir como acude a un libro de citas. Leído por pedazos cada vez distintos. Un libro que se puede leer o dejar reposar en una mesa de luz para volver a él en la noche como si fuera la confesión de alguien que quiere ser otra. Yo no soy tampoco este texto, es solo un estudio sobre la enfermedad que me lleva a la memoria.

El devenir  
de la  
escritura  
como el  
pensamiento  
que fluye  
sin descanso.

Me ronda la idea de que las palabras escritas expían el deseo. Como si al escribirlas y ponerlas en el papel algo de eso desapareciera o uno se pudiera librar de eso que escribe. Si escribo sobre sangre no habrá más sangre derramada. Si escribo sobre lágrimas no habrá más tristeza en mí, si escribo sobre fluidos sexuales el pasado se volverá presente. Si sigo escribiendo por siempre quizás un día ya no me dé cuenta del paso del tiempo y el dolor. /

Escribir para  
permanecer, para  
no fugarme, para  
no sentir el vacío.  
Llenarnos de  
palabras, de saliva,  
de deseos hechos  
voz para que no se  
vuelvan heridas,  
humores, fluidos  
y deformidad.  
Un poco de belleza

para generar un respiro  
y vida para eso que llamamos  
espíritu. Quizás para pensar  
que somos más allá de un  
cuerpo, aunque este siempre  
esté mediando. Ser interjección  
/ Como si la química que me  
compone fuera la que piensa, la  
que siente, la que llora y suspira.  
Mi química soy yo. Y lo que fluye  
dentro mío, algo que constituye  
mi ser fuera. Entonces, ¿tengo  
control sobre lo que soy?

El cuerpo posee cuatro clases de gustos: el ácido, el dulce, el amargo y el salado. Están en todas las criaturas, pero solo en el hombre pueden ser investigados... Todo lo amargo es cálido y seco, es decir, colérico, todo lo ácido en cambio es frío y seco, es decir, melancólico. Lo dulce dio a luz a lo flemático, porque todo lo dulce es frío y húmedo, aunque no se pueda comparar con el agua... Lo sanguíneo procede de lo salado, y esto

es cálido y húmedo... Cuando lo salado predomina en el hombre a los de los otros tres, es sanguíneo; si en él predomina lo amargo, es un colérico. Lo ácido le vuelve melancólico, y lo dulce, cuando predomina, flemático. Así pues, los cuatro temperamentos están en el cuerpo del hombre como en la tierra de un jardín.

PARACELSO, *TEXTOS ESENCIALES*

Según esta definición medieval de los humores o personalidades tenemos, todos, un exceso de algún elemento que nos vuelve sanguíneos, flemáticos, melancólicos o coléricos. A partir de este exceso se trabajaba en la Antigüedad la noción de salud y, por lo tanto, de la enfermedad. Con el tiempo, la ciencia convirtió al cuerpo en una máquina con células, tumores y exceso de componentes químicos, virus, bacterias que desde el exterior entran a nuestros cuerpos “perfectos” para enfermarlos.

Se dice que la ciencia es verdadera y que lo único que debemos hacer es creer en los resultados de unos análisis clínicos para encontrar la cura a nuestra falta de salud física y psicológica. El presente estudio poético se encargará de indagar en las grietas que se abren desde la pulsión de los cuerpos emocionales para encontrar otras aristas no resueltas por las estadísticas, sin intentar contraponer desde el raciocinio otra teoría sino, desde lo poético, una opción perceptiva sobre la enfermedad. Dar cuenta del discurso que queda detrás de toda enfermedad, de la narrativa que queda velada desde el punto de vista clínico para poder conectar

Como si todo este  
lenguaje lo único  
que pudiera decir es:  
mi papá se murió hace  
veinte años y yo no  
puedo olvidarlo.  
La vértebra ya no tiene  
espacio intervertebral.  
Se adoran las lumbares,  
supongo.

con nuestras vidas y quizás encontrar una cura estética a  
nuestro dolor. /